CARACTERISTICAS
de la Sociedad Industrial Madura*

Por Carlo M. CIPOLLA**

La revolución industrial aún no ha concluido, y ya muchos economistas están empezando a hablar de una segunda revolución industrial para poder explicar todos los cambios asombrosos que hemos presenciado. Durante miles de años las sociedades civilizadas han estado orientadas alrededor de la agricultura. Ha aparecido civilización tras civilización cada una con características individuales, pero todas con un denominador común. Durante milenios los animales y los árboles fueron el motivo principal de la historia económica; y luego, con rapidez asombrosa, la máquina se apoderó de la situación. Vivimos en una edad de transición. Sabemos qué es lo que hemos dejado atrás pero no sabemos qué es lo que tenemos por delante. Las sociedades denominadas "industriales" de hoy en día, son prototipos rústicos y pobres de las sociedades industriales de unas cuantas décadas en el futuro. Nuestras sociedades industriales están todavía condicionadas por valores, tradiciones e instituciones heredados de un pasado agrícola

---

* Ponencia presentada ante la Conferencia sobre Planificación Social auspiciada por el Programa Graduado de Planificación de la Universidad de Puerto Rico, en julio de 1965. Traducción del inglés por el señor William Aish.

** Catedrático de la Universidad de California en Berkeley y la Universidad de Padua en Italia.

militar. Sus características actuales y sus problemas nos dan una indicación, aunque irritantemente imprecisa, de lo que será una sociedad industrial en un futuro cercano. Podremos anticipar, con cierto grado de certidumbre, que en cualquier sociedad industrial avanzada se encontrará las siguientes características socioeconómicas:

Por ciento de población activa empleada en la agricultura	Menos del 5
Por ciento de población activa empleada en el sector terciario	Más del 40
Energía consumida per cápita por año (horas megavatio)	Más de 1 500
Por ciento de analfabetos (10 años de edad y mayores)	Menos del 5
Por ciento de población entre los 18 y los 25 años registrados en las Universidades y centros de altos estudios	Más del 20
Médicos por cada 1 000 de población	Más del 1
Expectación de vida al nacer, en años	Más de 70
Alimentación total: calorías per cápita por día	Más de 2 500
Gastos en comida y bebida como por ciento del gasto privado total.	Menos del 35

Sin embargo, por todo lo que valen, estas indicaciones nos dicen muy poco. Esencialmente, no sabemos lo que tenemos por delante. Nuestro pasado no nos ofrece ninguna pauta. Esta es la razón por la cual nos sentimos tan tensos, tan alarmantemente inseguros y tan plagados por la duda.

Hay dos problemas peligrosamente ominosos que pesan sobre nuestra mente y sobre nuestras almas: La guerra y la población excesiva. Ninguno de los dos es fenómeno nuevo. Han existido siempre y parecen ser parte inextirpable de nuestra existencia. Lo que es alarmantemente nuevo es la dimensión que ambos fenómenos adquieren con la industrialización. Mientras que tuvieron que pasar 200 000 años para que la población mundial llegara a los 2 500 millones de habitantes, ahora se requerirá apenas 30 años para añadir otros 2 000 millones. Nuestra eficiencia para la procreación sólo es igualada por nuestra eficiencia potencial para matar gente. Millones de personas pueden destruirse instantáneamente con los artefactos poderosos que poseemos. Leonardo Da Vinci escribió una vez que: "Dos debilidades que se arriman una contra otra, se suman para crear una fuerza." Esto es verdad en la arquitectura, pero desafortunadamente no sucede así con

nuestras "debilidades" contrastantes de la guerra y la superpoblación o por lo menos podría serlo, sólo en un sentido inconcebiblemente cínico.

Los peligros de la superpoblación y de la guerra nos recuerdan que nosotros, como animales sociales, no estamos mejorando tan rápidamente como las técnicas que creamos. El progreso tecnológico es por su misma naturaleza acumulativo. El progreso ético no lo es. Aún más, el progreso tecnológico es ahora tan rápido que parecemos incapaces de controlarlo, no sólo desde el punto de vista de la ética, sino también mental y fisiológicamente. El número cada vez mayor de neuróticos en nuestra sociedad es una indicación clara de las dificultades que confronta nuestro intelecto para adaptarse al paso del cambio y de la actividad impuesta sobre nosotros por el progreso tecnológico. La difusión extraordinaria de toda clase de fenómenos, como la alergia para las drogas, las comidas sintéticas y toda la cuestión de las impurezas que contaminan el ambiente, es evidencia abundante de la dificultad que encuentran nuestros cuerpos para adaptarse a los nuevos productos sintéticos que nuestra nueva tecnología química está fabricando.

Creo que durante muchos años, este será el problema principal que las sociedades industriales tendrán que confrontar, o sea el de adaptar a las personas, a las organizaciones económicas y a las instituciones sociales y políticas, a un ritmo de cambio tecnológico extraordinariamente rápido. Pero tratar un tema tan imponente en todos sus aspectos fundamentales requeriría a un grupo de investigadores muchos años de trabajo. Evidentemente esto no es posible aquí. Por lo tanto, me propongo sencillamente a tocar algunos puntos del problema y omitir otros, reconociendo por supuesto, las limitaciones sugeridas por esta omisión.

Las observaciones que siguen están basadas en tres suposiciones. La primera es que una sociedad industrial próspera del futuro predecible tendrá como característica un alto ritmo de desarrollo tecnológico. El ritmo efectivo de progreso tecnológico tendrá relación con 1) la cantidad de recursos dedicados a la educación y a la investigación; 2) la eficacia con que se emplearán estos recursos; 3) el "clima intelectual" creado por las condiciones socioculturales prevalecientes; 4) el "clima económico" que permita que el progreso científico sea traducido en progreso tecnológico efectivo.

La segunda suposición es que las sociedades industrializadas podrán **mantener bajo control** el crecimiento poblacional. Esta declaración necesita modificarse ligeramente. Podemos asumir con certeza que en cualquier sociedad industrializada la **expectación de vida** de las personas al nacer será de más de 70, y a los sesenta será de unos 15 años. Una tasa baja de mortalidad no significa necesariamente baja morbidez. En efecto

estarán en juego dos influencias contrastantes: Por un lado, mejores alimentos, mejores condiciones higiénicas, mejores cuidados médicos, mejores y más difundidos conocimientos médicos, tenderán a producir una población más sana. Por otro lado, la supervivencia de los débiles y de los enfermos evitará que el proceso de selección natural actúe con éxito, especialmente en las etapas tempranas de la vida. Cuál de estas dos fuerzas contrastantes prevalecerá eventualmente, está por verse, aunque opino que el resultado neto será positivo. Aún si este punto de vista resulta ser exageradamente optimista, puede retenerse con certidumbre la suposición de una tasa de mortalidad baja. Si la mortalidad es baja el aumento poblacional se mantiene bajo control solamente bajo condición de que la tasa de reproducción se mantenga a niveles bajos correspondientes. Toda la evidencia disponible indica que el desarrollo industrial y la urbanización han sido acompañados por una disminución en las tasas de natalidad. Pero no está igualmente claro si las sociedades industrializadas siempre y automáticamente podrán controlar con éxito el índice de reproducción de sus gentes. El debilitamiento de los lazos familiares, la facilidad con la cual se obtiene el divorcio y la emergencia de un estado afluente dedicado al bienestar de sus gentes son factores que pueden debilitar peligrosamente el sentido de responsabilidad de padres potenciales hacia sus potenciales hijos; quizá atestiguemos una caída peligrosa en la edad casadera en las sociedades industriales, con el aumento correspondiente en la tasa de natalidad. Hoy en día la diferencia entre las sociedades desarrolladas con respecto a la fertilidad es todavía excesivamente alta. No cabe duda de que si han de evitarse presiones peligrosas las sociedades industriales tendrán que acercarse más a las tasas del nivel de reproducción de Suecia que al de los Estados Unidos. No carece de riesgo que yo asuma que esto ha de suceder, pero al hacerlo estoy todavía actuando dentro del límite de lo posible.

La tercera suposición es de que no habrá una guerra atómica de gran envergadura. Esta es indudablemente la menos plausible de mis tres suposiciones, pero tengo que aceptarla porque es dudoso que las sociedades industriales sobrevivan un conflicto atómico serio.

Bajo la condición de un rápido cambio tecnológico los prerrequisitos de destreza e inteligencia que se exige de los individuos para que puedan ser empleados útilmente, se ponen cada vez más altos. Como se ha hecho con el concepto de la alfabetización en el análisis de una sociedad altamente dinámica, tenemos que reemplazar el concepto estático de la educación con el concepto dinámico de la educación funcional. El concepto de la educación funcional implica que: 1) La educación es un proceso, es decir, que

debe considerarse como una variable continua; 2) La educación funcional es distinta para roles distintos; 3) Los requerimientos de la educación funcional cambian al cambiar la sociedad.

La educación del pueblo debe mantenerse a la altura de los cambios tecnológicos. Para poder llegar a ese resultado, una sociedad tiene que desviar vastos recursos, tanto humanos como materiales, a una región importante del sector terciario, es decir, la educación. Bajo la presión de los sucesos, nos estamos dando cuenta cada vez más de la función y la importancia de la educación en una sociedad desarrollada. Pero la cantidad de recursos que dedicamos a la educación es todavía demasiado pequeña; está mucho más cerca del nivel de nuestro pasado agrícola no muy distante, que del nivel de nuestro futuro industrial.

Como observé anteriormente se puede asumir razonablemente que en una sociedad industrial habrá algún control de la natalidad. Si es así, la pirámide poblacional tendrá una base angosta. En una sociedad agrícola la población activa se encuentra recargada por un número relativamente grande de niños; a los niños se les pone a trabajar a una temprana edad porque por lo general la carga de su mantenimiento es demasiado alta. La sociedad industrial tiene un problema exactamente opuesto: Tiene que cuidar de una proporción relativamente grande de personas de edad avanzada que nadie sabe cómo poner a trabajar. El problema de los ancianos, en una sociedad industrial, no sólo es uno de cantidad sino también de calidad. En una sociedad agrícola, a un anciano, si disfruta de salud razonablemente buena, se le considera con cierta justificación, depositario viviente de gran sabiduría y de conocimientos útiles. En una sociedad industrial caracterizada por un alto nivel de cambio tecnológico, a una persona anciana, aunque disfrute de perfecta salud, se le considera una reliquia inútil del pasado. En una sociedad industrial, la edad avanzada no sólo es un caso de desgaste físico, sino también de obsolescencia.

En realidad, cuanto más rápido el ritmo de cambio tecnológico, más baja la edad promedio en que los individuos se vuelven obsoletos. Estamos llegando a una situación en la cual tendremos que cargar no sólo con el problema de un número relativamente grande de ancianos, sino también con un número aún mayor de individuos adiestrados y de buena salud que se han hecho obsoletos a una edad relativamente temprana, hablando en términos de las tecnologías más recientemente desarrolladas. Los programas intensivos de reeducación para los individuos ya empleados pueden ofrecer una solución parcial al problema, pero no lo van a eliminar.

En tiempos recientes se ha hablado y se ha escrito mucho sobre el problema de cómo emplear adecuadamente nuestro tiempo libre, hacien-

dose la suposición de que las máquinas sustituyen a los trabajadores cada vez más, dejándoles una cantidad de tiempo libre cada vez mayor. Tengo muchas dudas sobre esta suposición. Aquellas personas que dicen que nos estamos quedando con demasiado tiempo libre me recuerdan a aquellos que creen que obtienen mayores utilidades de su capital sólo porque subestiman los costos de amortización. Si nos dedicáramos con diligencia a aprender todos los días todo lo que necesitamos aprender para evitar la obsolescencia personal, nos daríamos cuenta fácilmente que no tenemos tiempo que perder. Esto es muy cierto del creciente grupo de técnicos altamente adiestrados cuya función en una sociedad industrial no se puede sobrestimar. En efecto, nuestro trabajo consuetudinario no nos deja suficiente tiempo libre necesario para la reeducación, y las consecuencias de esto se empeoran porque empleamos mayormente el "tiempo libre" que nos queda para cosas que no son una mejor educación. La tasa de obsolescencia de cada uno de nosotros, ante un mundo que cambia sumamente rápido, es por consecuencia incómodamente alta.

Podemos vislumbrar una sociedad altamente competitiva en la cual las personas van a exigir de sí mismas esfuerzos sobrehumanos durante el breve periodo en que están de "moda" y donde nos acostumbraremos a la idea de un retiro a una edad relativamente temprana. Esta no es, sin embargo, la única solución posible. No puede excluirse la posibilidad de que las uniones de trabajadores exijan la extensión de vigencia hasta la edad de los 65 años, en unos cuantos sectores privilegiados como la administración pública, la educación, etc., a sectores de ocupación más amplios. Un sistema de empleo de este tipo eliminaría una gran cantidad de úlceras y neurosis, pero también eliminaría mucha eficiencia, y automáticamente crearía, dentro del sistema socio-económico, una fuerte resistencia al cambio.

Hasta ahora me he expresado en términos muy amplios, pero soy el primero en reconocer que cualquier discusión útil deberá llevarse a cabo al nivel de los oficios y profesiones específicos. No puedo permitirme aquí un tipo de análisis tan largo y detallado, pero quisiera hacer unos cuantos comentarios, por lo menos, con respecto a las amplias diferencias que puedan aparecer entre los sectores secundarios y terciarios, es decir, entre el sector industrial propiamente dicho y el sector de los servicios. El sector terciario, construido como está sobre un concepto residual, no es una unidad homogénea, y todo lo que se dice en conexión con él, debe hacerse con mucho cuidado. En todo caso por la misma razón que el sector terciario es un cesto grande, con un contenido tan heterogéneo, que sin duda ha de tener cierto número de actividades en las que el cambio tecnológico no es

muy rápido, un número de actividades para las cuales la automatización es difícil o no del todo conveniente, y algún número de actividades en las cuales prevalece tradicionalmente un sistema de empleo basado en el tiempo de servicios.

Estas circunstancias aliviarán la presión para la substitución de personas y máquinas y/o con algo que está más "al día" y consecuentemente el sector terciario será con toda probabilidad notablemente menos selectivo que el secundario. La ideología del estado de bienestar social (Welfare State) y las leyes Parkinsonianas podrían agudizar este desequilibrio. En la sociedad agrícola hay una gran tendencia para que el desempleo disfrazado crezca y se prolifere. Creo que las sociedades industriales tendrán que observar cuidadosamente el sector de servicios donde son altamente probables el aumento de la ineficiencia y el desempleo disfrazado. Se debe enfatizar este punto especialmente con relación a las áreas de la educación, la investigación y la administración pública, que probablemente han de absorber una cantidad cada vez mayor de nuestros recursos y en cuya eficiencia, como lo indico más adelante, residirá eventualmente la posibilidad de un mayor crecimiento de la economía industrial.

Una gran parte de lo que he dicho anteriormente con respecto de los trabajadores es también válido para el capital fijo. Mientras que en el pasado ha sido posible avanzar hacia la industrialización o mantener el desarrollo industrial con cantidades relativamente pequeñas de capital fijo, hoy en día se necesitan enormes inversiones tanto para iniciar como para mantener el desarrollo industrial. Mientras que la cantidad de capital fijo por unidad de trabajo está llegando a dimensiones cada vez más altas, el ritmo rápido de cambio tecnológico determina un ritmo igualmente rápido en obsolescencia de plantas y de equipo. Los empresarios tendrán que afrontar una situación en que los costos fijos representan un porcentaje muy alto de los costos totales, y las tasas de depreciación serán extremadamente altas. Esta situación inducirá importantes cambios estructurales en las estructuras financieras de nuestras sociedades. Hay otro punto que quisiera enfatizar sobre este particular. Cuando primero se desarrollaron la agricultura y la labranza, ese nuevo modo de vida introdujo una actitud completamente nueva hacia el tiempo. No es solamente fortuito que las primeras sociedades agrícolas construyeran estructuras impresionantes, como los templos de Babilonia y las pirámides de Egipto para que durasen para toda la eternidad. La vida del agricultor, a diferencia de la vida del cazador, es característicamente sedentaria y está basada en un fuerte concepto de continuidad. Todavía estamos ligados, aunque más en Europa que en los Estados Unidos, a este modo tradicional de

conceptuar las cosas. Prisioneros de nuestros puntos de vista tradicionales, todavía construimos aeropuertos, hospitales, hoteles, edificios gubernamentales y aún residencias privadas, como si fueran a durar siglos, al mismo tiempo sabiendo que van a ser obsoletos en mucho menos tiempo. Hace unos cuantos años, algunos expertos de la OECD señalaron las pérdidas que este sistema anticuado está causando a la economía, y la obstaculización que presenta al cambio. No importa cuan desagradable encontremos que sea, y en especial nosotros los europeos, tenemos que admitir que en una sociedad tecnológica altamente dinámica, todo lo que nos rodea tendrá un carácter precario. Nuestros gustos también tendrán que cambiar constantemente para que se asegure la absorción de los productos nuevos que la tecnología dinámica ofrecerá incesantemente al mercado, mientras que la gigantesca industria publicitaria se dedicará con ahinco a evitar que descansen nuestros gustos.

Hasta hace poco, como se ha visto en análisis a largo plazo, el énfasis de los economistas profesionales estaban en las inversiones y en la formación del capital. Trabajando con datos de carácter histórico los economistas ahora han cambiado el énfasis al progreso tecnológico, a la educación, a la organización y a factores relacionados. Como se podrá esperar, existe la tendencia de substituir una exageración por otra. No es posible sobrestimar la función y la importancia de la formación del capital en el proceso del desarrollo. Además de muchas otras consideraciones debemos recordar que el impacto de la educación, de la investigación y de nuevos tipos de organización, puede sentirse en el sistema económico sólo a través de la formación del nuevo capital. Por otro lado tenemos que admitir que la atención que se ha brindado a la educación y a la investigación ha sido un paso saludable y trascendental en nuestro conocimiento del desarrollo económico. No hay duda de que una buena parte del desarrollo económico de las últimas décadas y en las que han de venir dependerá del adelanto tecnológico y de las fuerzas básicas que lo impulsan, es decir, la educación y la investigación. Es sólo lógico que en una edad científica la producción debe ser una función de la investigación científica.

La industria americana es enormemente dinámica y en nuestros tiempos una de las razones para esto es la cantidad de investigación científica que subvenciona generosamente el gobierno de los Estados Unidos, bajo presión de una situación política internacional tensa. Los europeos son demasiado parciales cuando enfatizan los beneficios que la economía americana deriva de los contratos y del apoyo gubernamental. Pero es un hecho establecido que muchas firmas europeas, aunque eficientes, no pueden competir con sus equivalentes americanas a menos que se les permita

compartir las nuevas tecnologías derivadas de los intensos programas de investigación americanos. Hay un número de acuerdos, amalgamaciones y fusiones parciales que están en formación en este momento para tratar de resolver este problema.

Una vez que hayamos reconocido la función estratégica de la educación y la investigación en una economía altamente industrializada tendremos que enfrentarnos con el problema de la distribución de los recursos necesarios para estas dos actividades. Por el momento el principal motivador de nuestro desarrollo funciona a velocidad máxima sólo por la tensión política internacional que existe. Se ha informado recientemente que más del 60% de todos los gastos que hace los Estados Unidos para la investigación y desarrollo se hacen a través del Departamento de Defensa, de la comisión de energía atómica, de la Agencia Nacional para la Aeronáutica y el Espacio (NASA) y otras agencias federales. Como lo indicó Th. J. Watson, Jr. "El contrato y los procedimientos administrativos del gobierno federal fueron diseñados en un principio primordialmente para el procuramiento y la compra de armas y equipo como aviones y reactores. Consecuentemente no hemos hecho casi nada para asegurarnos que las capabilidades de nuestros recursos estén adecuadamente equilibrados y que sean suficientes para nuestras necesidades nacionales totales." A través de los últimos 200 años las sociedades occidentales han dedicado enormes cantidades de recursos para la investigación sólo durante tiempo de guerra. Los observadores superficiales, por lo tanto, han llegado a la conclusión de que la guerra es un poderoso instrumento para el progreso. La falacia de este argumento debería ser obvia. La guerra no fomenta el progreso. Lo que fomenta el progreso hoy en día, es la investigación. Si durante el tiempo de paz dedicáramos para la investigación la misma cantidad de recursos que dedicamos para ella en tiempo de guerra obtendremos los mismos resultados sin experimentar las atrocidades, el sufrimiento, y el prejuicio indebido por los artefactos destructivos. La sociedad industrial avanzada debe encontrar los medios para mantener un nivel adecuado de investigación científica, bajo condiciones pacíficas. También debe encontrar medios para mejorar drásticamente la eficiencia con que se emplean los recursos para la educación y la investigación.

La más reciente bibliografía sobre el costo de la educación, los resultados de la educación y los resultados de la investigación, me deja con una sensación incómoda de que la metodología prevaleciente en este campo está todavía en un estado lamentablemente primitivo, que adolece de una pobreza conceptual exasperante y de una falta de pensamiento filosófico básico. No me siento lo suficientemente hábil ni competente para sugerir

alternativas en este respecto y sólo puedo expresar el deseo de que haya en un futuro no muy distante, un gran descubrimiento en este sector. En todo caso, tengo que confesar mi pesimismo instintivo sobre la posibilidad de que las investigaciones y la educación como se institucionalizan en las Universidades, puedan resolver con éxito las necesidades de una sociedad industrial dinámica. En los siglos XVII y XVIII, cuando la ciencia adoptó un curso dramáticamente nuevo, las Universidades se mantuvieron detrás de los tiempos; para reemplazarlas se desarrollaron instituciones nuevas, Las Academias. Los centros de investigación que están proliferándose fuera de las Universidades hoy en día, vienen a ser el equivalente industrial de las academias de los siglos XVII y XVIII. Estoy profundamente convencido de que debería alentarse su desarrolllo y proliferación por todos los medios posibles. Esto no debe interpretarse como que se debe descartar del todo a las Universidades, sino que 1) las universidades deben cambiarse drásticamente y 2) deberían complementarse con centros de educación e investigación totalmente distintos.

Quiero abordar brevemente un último punto, a saber, la función de las instituciones.

Opino que las instituciones por lo general, cambian más lentamente que la realidad histórica que las rodea y que tienen un promedio de vida mucho más alto de lo que merecen. Los individuos inclinados a resistir el cambio, encuentran aliados poderosos en las instituciones pasadas de moda, y las revoluciones con frecuencia son el triste resultado de la supervivencia históricamente injustificable de las instituciones obsoletas. En un mundo de rápidos cambios tecnológicos, el problema de la obsolescencia de las instituciones habrá sin duda de presentarse con gravedad sin precedentes.

Hay un sentir general de que las instituciones financieras, las compañías de acciones comunes (joint stock), la legislación en contra de los monopolios, las Universidades y los centros de investigación, para sólo mencionar unas cuantas, necesitan revisarse y modificarse urgentemente para mantenerse al día con las necesidades rápidamente cambiantes de una sociedad industrial. Es mi sentir personal que ni el estado mismo puede dejar de someterse a un cambio substancial de estructura y de naturaleza. Me temo que tanto el tipo de mercado como la democracia del futuro tendrán muy poco que ver con el tipo de mercado y con el tipo de democracia que conocemos y vislumbramos. El estado y la democracia que conocemos surgieron de la Revolución Francesa. La institución que establecieron los Padres Fundadores está basada en la acción de los individuos que delegaban libremente al Estado sus derechos y poderes. Hoy en día vemos a

través del mundo entero una tendencia muy clara: El individuo está perdiendo terreno y la acción individual se está sumergiendo y sustituyendo progresivamente por la acción más poderosa de los grupos de presión científicamente organizados, es decir, los partidos políticos, las uniones de trabajo, las asociaciones industriales, etc. Estos grupos al aplastar al individuo condicionan al estado y limitan su poder progresivamente. El caso de los países comunistas no puede ser presentado como argumento contra este punto de vista. Detrás de su fachada monolítica, el estado comunista también se ve más y más limitado y condicionado por la fuerza cada vez mayor de sus grupos internos. Los tiempos en que vivimos me recuerdan aquellos últimos días del fenecido Imperio Romano, cuando el estado centralizado y aparentemente todopoderoso era progresivamente minado por grupos locales organizados que prepararon el camino para su caída final y para el surgimiento del feudalismo. Hoy en día las fuerzas que están en juego son muy distintas pero el progreso es esencialmente el mismo.

Enfatizando la importancia del cambio tecnológico en una sociedad industrial avanzada he mencionado los cambios paralelos que deben ocurrir en los individuos, en el capital reproducible y en la disposición institucional. No necesita mencionarse que las relaciones entre el cambio tecnológico y otros cambios no pueden ser unidireccionales. El cambio tecnológico inducirá cambios en las instituciones dedicadas a la educación y a la investigación pero, por otro lado, el cambio tecnológico será a su vez condicionado por la naturaleza, la calidad y la eficiencia de estas instituciones. Similarmente el cambio tecnológico hará que se produzcan cambios en la estructura de nuestra sociedad, en el modo de la formación del capital como también en nuestras instituciones y por toda la estructura de la sociedad también. Por otro lado en caso de surgir impedimentos en cualquiera de estas líneas, se obstaculizará el cambio tecnológico y sus efectos positivos sobre el desarrollo económico serán diluidos. De este modo, también habrá en el mundo industrial sociedades humanas que crecerán y otras que decaerán.